

La diócesis de Zamora durante el Franquismo

The diocese of Zamora during the Franco regime

RAFAEL ÁNGEL GARCÍA LOZANO
Universidad de Salamanca

RESUMEN

La configuración de nuestro país durante el régimen del general Franco vino ampliamente determinada por la importancia social que la Iglesia Católica mantuvo en la coyuntura del país y que había ido consolidando incluso durante la Segunda República. Con el advenimiento del Franquismo, la posición eclesial impregnó todos los ámbitos de la vida cotidiana de modo más omnipresente aún. Más allá de los acontecimientos históricos que se constituyeron en auténticos hitos durante los casi cuarenta años de régimen existió una forma de vivir el día a día de todos los españoles. Esta perspectiva de la cotidianeidad se consolida como un interesantísimo enfoque para trazar una visión panorámica de aquel período de nuestra historia, especialmente puesta de relieve desde el posicionamiento de una diócesis periférica como la de Zamora.

PALABRAS CLAVE: Iglesia Católica, diócesis, Zamora, Franquismo, vida cotidiana.

ABSTRACT

Life in Spain during the regime of General Franco came largely determined by the social and institutional importance of the Catholic Church, which had been strengthened since the Second Republic. With the advent of Franco, the Church's position was present in all areas of daily life. Beyond the historical events that became, real milestones in the nearly forty years of dictatorship, there was a distinctive way of life for all the Spanish people. This perspective of everyday life itself is an interesting approach to draw an overview of that period of our history, especially emphasized from the peripheral position the Zamora diocese.

KEYWORDS: Catholic Church, diocese, Zamora, Franco regime, daily life.

1. INTRODUCCIÓN

Resulta difícil comprender la historia general y la del siglo XX en particular obviando el papel que en ella ha desempeñado el catolicismo. Éste ejerció una gran influencia en los acontecimientos políticos, culturales y sociales del pasado siglo en Occidente, condicionándolos y determinándolos en algunos casos. Pasados los primeros lustros de esa centuria, el catolicismo entró en un proceso de evolución que desembocó en una renovación múltiple, tanto en el terreno de las ideas como en el de las disposiciones, cuyo acontecimiento principal fue el Concilio Vaticano II (11 de octubre de 1962-8 de diciembre de 1965), que supuso un privilegiado momento de confluencia entre el catolicismo y la modernidad.

En particular, la historia de la Iglesia en España durante los años que abarca nuestro ámbito de estudio transcurrió de forma paralela a los acontecimientos históricos, políticos y sociales que experimentó el país¹. Períodos, mayoritarios, de mutua colaboración entre la Iglesia y el Estado alternaron con algunos momentos de desencuentros y rivalidades. No cabe duda de que esta circunstancia vino fraguándose en los años previos al régimen del general Franco. No en vano, por entonces la Iglesia se concebía a sí misma como sociedad perfecta, unitaria, piramidal y centralizada, que se articulaba bajo el signo de la autoridad. Su estructura tupidamente jerárquica afirmaba su fortaleza en innumerables ocasiones enfrentándose a los Estados y exaltando con firmeza la autoridad del papa².

Efectivamente, en la historia de España existía una vinculación estable entre el trono y el altar³ que, aun con momentos de fuertes tensiones, había llevado a considerar la fe católica como una de las principales señas de la identidad hispánica⁴. Incluso las leyes civiles y religiosas estaban entretreídas mutuamente en numerosas ocasiones. Sin embargo esta coyuntura dio sus primeros visos de cambio en

¹ Cf. LLERA, Luis de. *Historia de España. España actual. El Régimen de Franco (1939-1975)*. Madrid: Gredos, 1994. GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando y GONZÁLEZ VESGA, José Manuel. *Breve historia de España*. Madrid: Alianza, 1994.

² En este ambiente, personalidades como Möhler y Newman o instituciones como la Facultad de Teología de Tubinga y la Escuela Romana fueron los núcleos de introducción de una nueva eclesiología. Desde estas instancias se proponía una Iglesia como “organismo viviente en el que todos los creyentes se encuentran unidos formando una gran comunidad espiritual”. Cf. BUENO DE LA FUENTE, Eloy. *Eclesiología*. Madrid: BAC, 1998, p. 13. El estudio de los Padres de la Iglesia y una nueva orientación mística, trinitaria y sacramental de la eclesiología propiciaron la idea de que era el Espíritu Santo el verdadero aliento dinamizador de la Iglesia. De ahí se concluyó que ésta es fundamentalmente la prolongación de Cristo en el tiempo y, por tanto, visible e invisible, humana y divina. Adquiría así la Iglesia un mayor sentido histórico, personalista y concreto, que la situaba como pueblo de un Dios que interviene en la historia, haciendo de ésta espacio de salvación.

³ Cf. LORTZ, Joseph. *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la historia del pensamiento. I. Antigüedad y Edad Media*. Madrid: Cristiandad, 1982.

⁴ Cf. Singularmente interesante al respecto resulta el capítulo “Identidad hispánica y confesión católica” de GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario. *España por pensar*. Salamanca: UPSA, 1984, pp. 185-99. 36.

los tres primeros decenios del siglo XX. El ambiente cultural del país se empezó a contagiar de un cierto anticlericalismo intelectual que comenzó a extenderse paulatinamente entre las clases populares⁵. Con el advenimiento de la Segunda República y a la voz de “España ha dejado de ser católica” se produjo uno de los más profundos cortes en la entente de las relaciones entre la Iglesia y el Estado⁶. Con el final de la Guerra Civil se volvió a recuperar la alianza entre ambos estamentos, intensa al principio del Franquismo, pero profundamente crítica y tendente a la ruptura al final.

Instaurado el régimen republicano tras las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, se aprobó una nueva constitución, siendo designado Niceto Alcalá Zamora como presidente de la República y Manuel Azaña jefe de gobierno. En Zamora ejercía su ministerio como pastor diocesano Manuel Arce Ochotorena. Ese mismo año los obispos españoles hicieron público su reconocimiento y lealtad al régimen republicano en tanto que estaba legítimamente constituido, inculcando en los fieles respeto y obediencia. Sin embargo, aquel poder político se consideraba a sí mismo laico, moderado y culto, de manera que la Iglesia no tenía razón de ser, y no por simple repulsa, sino como una actitud coherente dentro de un ejercicio meramente racional. En consecuencia, el gobierno republicano rechazó desde el principio a la Iglesia, siendo el motivo de este rechazo y del anticlericalismo emergente el hecho de considerarla cúmulo de cortapisas y un estorbo que impedía a los españoles la plena libertad. En mayo de ese mismo año muchos conventos de Madrid fueron pasto de las llamas. Los ciudadanos asistieron impasibles a la quema, al igual que ante el asesinato de muchos curas y religiosos, quizá sin entender demasiado los hechos⁷.

Tras el levantamiento militar del 18 de julio de 1936 la Iglesia se posicionó al lado del bando de los sublevados, otorgando legitimidad moral al alzamiento. Uno de los factores que contribuyó especialmente a consolidar la victoria de Franco fue

⁵ La voluntad de materialización de las ideas de la Ilustración, la exaltación de las libertades individuales y la promulgación de los derechos del hombre conformaban, junto con otros principios, la nueva mentalidad moderna. Poco a poco, esta forma de pensar se fue instalando en la sociedad, fundamentalmente en los sectores más aperturistas y contrarios a la Restauración. De este modo, la Iglesia se sintió profundamente violentada por una sociedad hostil que promulgaba la aplicación inmediata de estos principios, de modo que acabó reaccionando contra el liberalismo y afirmándose en su propia concepción de sí misma y de la realidad, “amparándose en consideraciones doctrinales y teológicas”. Cf. LABOA, Juan María. *Historia de la Iglesia. IV: época contemporánea*. Madrid: BAC, 2002, p. 105.

⁶ Cf. CUENCA TORIBIO, José Manuel. “El catolicismo español en la Restauración (1875-1931)”, *Historia de la Iglesia en la España V*. Madrid: BAC, 1979, pp. 277-329.

⁷ Como el escritor Josep Plá afirma, “Durante largas horas no ha habido nada en Madrid más entretenido que contemplar la quema de conventos. Sería un error, sin embargo, creer que todo el mundo lo ha visto igual. Muchos ciudadanos lo han contemplado con caras largas y tristes. Resignadas, no sé. Casi me atrevería a decir que esta terrible insensatez ha gustado poquísimos en Madrid, por no decir que no ha gustado nada –entre las personas conscientes, claro está–”. PLÁ, Josep. *Madrid. El advenimiento de la República*. Madrid: El País, 2003, p. 77.

su pronta vinculación con la Iglesia católica. Efectivamente, un año después del Alzamiento, “el 1 de julio de 1937 se publicaba la *Carta colectiva del Episcopado español*, que constituía el refrendo moral de la Iglesia al llamado ‘alzamiento nacional’ al que a partir de aquellos meses comenzará a llamarse cruzada, tiñéndose así de contenido, motivaciones e ideales religiosos”⁸. No fue raro que los obispos tomasen postura al respecto, concibiendo la revuelta del ejército como una verdadera cruzada, pues el hecho de que murieran asesinados cerca de cinco mil sacerdotes, religiosos y obispos a manos del bando republicano en los primeros meses de Guerra Civil, además de ser destruidos innumerables templos y bienes, favoreció y determinó su apoyo a Franco como defensor de los valores tradicionales ligados a la religión⁹. Con ese posicionamiento, “ante un país dividido, la Iglesia había quedado en un bando, trágicamente. Queriendo ser mediadora y pacificadora, quedó al final del lado de los vencedores, apoyando su represión, acumulando silencio y marginación religiosa sobre los que política y militarmente habían sido vencidos. (...) Esa Iglesia vencedora externamente quedó internamente derrotada. Debió su vida y su perduración al grupo vencedor. Y esa deuda se creyó obligada a pagarla con la fidelidad o el silencio”¹⁰.

Así, se generó una sociedad oficialmente católica, adornada con toda una parafernalia de gestos triunfalistas, detrás de los cuales había, ciertamente, un renacimiento y fortalecimiento de la fe, que se manifestaba en el progresivo desarrollo de todo tipo de asociaciones y actividades religiosas, en la participación en celebraciones y eventos organizados por la propia Iglesia e incluso en el aumento del número de vocaciones religiosas y sacerdotales¹¹. (Fig. 1). Pero junto a esta realidad, aquellos años fueron también de no poca hipocresía social, como consecuencia del agobiante clima dominante y de la estrecha unión entre los poderes civil y religioso, una vinculación que explica en parte el término “nacionalcatolicismo” y que se manifestaba en múltiples gestos. No hace falta decir que al referirnos a la Iglesia se entiende que es la católica, pues los pequeños grupos religiosos pertenecientes a otras confesiones cristianas fueron reducidos al silencio. Del mismo modo ocurrió con tendencias políticas liberales y con la propia masonería¹².

⁸ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario: “Iglesia y política en España. Reflexiones fragmentarias sobre la actual Iglesia española”, *Salmanticensis*, 1979, 26, p. 79.

⁹ CÁRCCEL ORTÍ, Vicente: “La II República y la Guerra Civil (1931-39)”, En CÁRCCEL ORTÍ, Vicente (Dir.). *Historia de la Iglesia en España, V. La Iglesia en la España contemporánea (1808-1975)*. Madrid: BAC, 1979, pp. 338-9 y 371.

¹⁰ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, “Iglesia y política...”, p. 81.

¹¹ Verdaderamente en aquellos años los seminarios comenzaron a encontrarse repletos de estudiantes, y distintas instituciones religiosas construyeron amplios colegios y noviciados. Ciertamente es que en este movimiento vocacional, junto a una revitalización religiosa, jugó también su papel la dificultad para encontrar salidas para la juventud, especialmente la rural, dada la estrechez económica en la que se desenvolvía el país. Con el tiempo muchas de estas vocaciones se truncaron por diversos motivos, pero la formación recibida tuvo en no pocos casos una fecunda proyección posterior.

¹² *El Correo de Zamora*, 26 de febrero de 1940, 1.



Fig. 1. Procesión con el Santísimo Sacramento escoltado. 1941. (Colección R.A.G.L.)

Sin embargo, a pesar de la estrecha unión entre la Iglesia y el Estado, no faltaron diferencias y tensiones. Uno de los campos donde se manifestaron estos roces fue en la educación, ámbito especialmente sensible para la institución eclesiástica. Aunque en los primeros años del Franquismo la Iglesia toleró con anuencia la intromisión estatal en materia educativa, con el paso del tiempo se mostró abiertamente contraria, resistiéndose al dominio que el poder político quiso ejercer mediante el control de la formación y adoctrinamiento de la juventud¹³. Sin embargo, las fricciones alcanzaron un alto grado de tensión ya en los inicios del régimen. Concluida la Guerra, el cardenal de Toledo y primado de España, Isidro Gomá, hizo pública el 8 de agosto de 1939 una carta pastoral titulada *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*, pretendiendo aplicar su responsabilidad moral en tanto que educador de la nación, publicación prohibida por el Servicio Nacional de

¹³ Respecto de la educación, en el ámbito de las organizaciones juveniles, se ponía de manifiesto el deseo de las autoridades civiles de encuadrar a la infancia y juventud en las suyas, rechazando las existentes desde antes de la guerra. Muchas de ellas habían nacido y se mantenían en espacios de raíz y cultura religiosa, pero pronto levantaron sospechas respecto de su posible falta de "comunidad" con los principios del régimen. De hecho, la Federación de Estudiantes Católicos fue absorbida por decreto por el Sindicato de Estudiantes Universitarios, organización de carácter estatal.

Prensa el mes de octubre siguiente. No en vano, el estamento eclesial, y especialmente las órdenes religiosas, regentaban por entonces cientos de colegios que jugaron un importantísimo papel en la enseñanza en la época, y que contaron con la bendición y la aquiescencia del régimen. Sin embargo, a partir de la prohibición de aquel texto algunos sectores eclesiales empezaron a ser conscientes de que el nuevo Estado tenía sus ideales y su propia lógica.

2. EL EPISCOPADO DE MANUEL ARCE OCHOTORENA

La Iglesia de Zamora secundó mayoritariamente la sublevación militar desde el principio. Las medidas que el gobierno republicano había tomado con respecto a esta institución y sus tareas devinieron en un apoyo incondicional al nuevo ordenamiento político. El doctor Manuel Arce Ochotorena era por entonces el obispo de Zamora, sede de la que había tomado posesión el 5 de febrero de 1929. Hombre de gran pulso intelectual, se posicionó como paladín y defensor del levantamiento, considerando esta postura como acto de legítima defensa¹⁴. Tal adhesión le valió su posterior promoción al arzobispado de Oviedo en 1938¹⁵. Tras realizar su visita *Ad Limina* a la Santa Sede el 12 de enero, el prelado se despidió de la diócesis zamorana el 2 de abril del año en cuestión¹⁶. Ya en 1942, siendo aún administrador apostólico de Zamora, situación que se prolongó hasta 1944, el general Franco le concedió la condecoración de la Gran Cruz de Isabel la Católica como reconocimiento por su adhesión¹⁷.

La mayoría del clero y laicos de la diócesis participaron también de este posicionamiento. Muchos de los curas de los distintos pueblos de las dos diócesis provinciales fueron encargados de facilitar nombres idóneos para la constitución de las gestoras municipales de cara a la designación de alcaldes. Los actos promovidos por la inmensa mayoría de la sociedad zamorana para pedir el fin de la guerra fueron constantes. Así, la piedad popular llevó al obispo y cabildo catedralicio de nuestra diócesis a convocar un octavario a la Virgen del Tránsito, patrona de la misma, como “reparación, desagravio y homenaje para pedirle por las necesidades de España” entre los días 4 y 11 de octubre de 1936, culminando con una procesión con la imagen por las calles de la ciudad¹⁸. Ya en 1938, el domingo 27 de marzo se celebró una multitudinaria peregrinación hasta la ermita del vecino pue-

¹⁴ Cf. CASQUERO FERNÁNDEZ, José Andrés. “La Guerra Civil en Zamora. Semblanza de una tragedia”. En *La Guerra Civil en Zamora. Imágenes de la vida cotidiana en una ciudad de la retaguardia*, Zamora: UNED Zamora e Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, 2006, p. 14.

¹⁵ *Boletín Oficial del Obispado de Zamora (BOOZA)*, 1938, pp. 27-9.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 57-65.

¹⁷ *Ibidem*, 1942, p. 231.

¹⁸ *Ibidem*, 1936, pp. 263-78.

blo de Morales del Vino para pedir el fin de la contienda, portando a hombros en sus pasos las imágenes de la Virgen del Tránsito, Jesús Nazareno de la cofradía de la Vera Cruz y la Virgen de la Soledad¹⁹. Y entre el 16 y el 18 de marzo en la catedral zamorana se celebró un triduo por la paz, culminando con una procesión la tarde del día 19²⁰.

Con el fin del conflicto bélico la colaboración de la Iglesia zamorana con el poder político se puso aún más de manifiesto, entre otras circunstancias, con la asistencia de la corporación municipal bajo mazas a los oficios religiosos en continuidad con la tradición, desde la fiesta de los patronos de la ciudad a las solemnidades celebradas en la catedral, sin dejar pasar por alto el acompañamiento oficial en las procesiones de Semana Santa.

El asociacionismo laical fraguó también en la capital con la creación de nuevas cofradías de Semana Santa, que incrementaron el patrimonio secular de esta manifestación de religiosidad popular, gracias también al impulso aportado por el nacionalcatolicismo²¹. Antes de terminar la contienda se fundó la Cofradía de Jesús del Viacrucis en 1938 y la Penitente Hermandad de Jesús Yacente en 1941. Al año siguiente la Hermandad de Jesús en su Tercera Caída, formada íntegramente por excombatientes de la Guerra Civil, salía por primera vez a la calle.

El 2 de marzo de 1939 fue elegido papa Pío XII. En la catedral zamorana se celebró un Te Deum el 5 de marzo en acción de gracias por su elección²². A este papa le tocó vivir una época difícil de la historia, pues durante su pontificado aconteció la Segunda Guerra Mundial. En su ministerio potenció un laicado más maduro, continuando así la obra de su predecesor. Tras la publicación en 1943 de las encíclicas *Mistici Corporis* y *Divino Afflante Spiritu* sobre la eclesiología del cuerpo místico y la divina inspiración respectivamente, cuatro años más tarde vio la luz su encíclica *Mediator Dei*, en la que abordó la dimensión sacramental de la Iglesia, poniendo en alza la importancia del culto católico y sentando así las bases del desarrollo litúrgico posterior. El 27 de agosto de 1953 firmó el Concordato entre España y la Santa Sede, y confirmó la creación en agosto de 1955 de la Conferencia Episcopal Latinoamericana. Durante los últimos años de su ministerio empezó a ponerse de manifiesto de forma explícita la necesidad de renovación en la Iglesia. El trabajo de los teólogos como Chenu, Daniélou, Congar y De Lubac comenzó a fructificar hacia una visión de la Iglesia más integrada en la sociedad. Comenzaba a latir entonces el proceso que desencadenó posteriormente el Concilio Vaticano II²³.

¹⁹ *Ibidem*, 1938, pp. 66-73.

²⁰ *Ibidem*, 1939, pp. 111-4.

²¹ CALLAHAN, William Joseph. *La Iglesia Católica en España (1875-2002)*. Barcelona: Crítica, 2002, pp. 300-3.

²² BOOZA, 1939, p. 60.

²³ Ciertamente el Concilio Vaticano II fue finalmente posible gracias a este proceso de renovación que se venía fraguando decenios antes de su inauguración en 1962. Este período previo fue

La vida cotidiana en la diócesis zamorana transcurrió protagonizada por la tranquilidad. Entre los días 11 y 14 de junio de 1940 tuvo lugar una peregrinación a la basílica del Pilar de Zaragoza, con la concurrencia de numerosos jóvenes de Acción Católica²⁴. Este movimiento apostólico fundado en Zamora en 1933, había cobrado especial relevancia en la ciudad al aglutinar en su seno la mayor parte de la actividad pastoral de laicos en sus secciones de mujeres, hombres y jóvenes²⁵. Entre el 16 y 21 de junio de 1942 la primera de ellas celebró, la semana de la madre²⁶. En junio de 1943 la diócesis fue consagrada al Corazón de María, celebrando un triduo y una procesión en su honor²⁷.

3. EL EPISCOPADO DE JAIME FONT ANDREU

El 1 de abril de 1944 se hizo público el nombramiento de Jaime Font Andreu como obispo de Zamora²⁸. Finalizado el verano, este sacerdote, incardinado en la diócesis de Vich, fue consagrado obispo en la catedral-basílica de esa ciudad catalana el 10 de septiembre siguiente²⁹. Conforme al proceder preconiliar, el vicario general de Zamora, Bartolomé Chillón, tomó posesión de la diócesis zamorana en nombre del nuevo pastor el 22 de octubre³⁰, entrando definitivamente el prelado en la diócesis el 29 de octubre³¹. Estuvo al frente de la misma durante seis años con verdadera preocupación, realizando la visita pastoral canónica a un elevado número de parroquias. Durante su pontificado se incrementó el número de afiliados de Acción Católica y se desarrollaron actos de piedad eucarística como la Adoración Nocturna³². (Fig. 2). Realizó también la visita *Ad Limina* a Roma entre el 14 y 26 de octubre de 1947³³. El 17 de mayo de 1950 se hizo pública su preconización como primer obispo de San Sebastián³⁴.

trascendental, como curiosamente se recoge incluso en el título del capítulo encargado a Roger AUBERT para el libro *Nueva historia de la Iglesia. La Iglesia en el mundo moderno*. Madrid: Cristiandad, 1964, p. 467, que enuncia “El medio siglo que preparó el Vaticano II”.

²⁴ *BOOZA*, 1940, pp. 104-10.

²⁵ *El Correo de Zamora*, 17 de marzo de 1951, 9.

²⁶ *BOOZA*, 1941, pp. 177-80.

²⁷ *Ibidem*, 1943, pp. 93-100. 126-34.

²⁸ *Ibidem*, 1944, pp. 71-5.

²⁹ *Ibidem*, pp. 187-92.

³⁰ *Ibidem*, pp. 203-7.

³¹ *Ibidem*, pp. 226-41.

³² *Ibidem*, 1946, p. 34. IRABURU, José María: *La adoración eucarística*, Disponible en: http://www.mercaba.org/FICHAS/devociones/adoracion_eucaristica_01.htm. Consultado el 26 de marzo de 2011.

³³ *BOOZA*, 1947, pp. 222. 233-8.

³⁴ *Ibidem*, 1950, p. 104.



Fig. 2. Sección masculina de Acción Católica. Años 40. (Colección R.A.G.L.)

En esos años las vocaciones sacerdotales florecieron de forma espectacular. En plena posguerra la Iglesia fue el refugio de vocaciones sacerdotales y religiosas surgidas, en muchos casos, a partir de la precariedad del mundo rural, pero también al amparo del prestigio del que la condición sacerdotal gozaba en medio de aquella sociedad y de una coyuntura de gran fervor cristiano. Tras la reducción del número de alumnos del seminario de Zamora durante el período republicano de 150 a únicamente 80, y la incorporación de tan solo 3 nuevos estudiantes en 1938, las vocaciones sacerdotales en la diócesis acusaron un fuerte descenso en los años de la contienda³⁵. Incluso el edificio sede de esta institución fue ocupado durante la Guerra Civil y empleado como hospital de sangre. Tras una creciente recuperación en el número de seminaristas³⁶, Font Andreu promovió la ampliación del inmueble en cuestión con la construcción de un nuevo pabellón para seminario menor y la redistribución de la dependencias preexistentes, obra rubricada en julio de 1947 por el arquitecto diocesano Enrique Crespo Álvarez³⁷. A este capítulo cabe añadir las restauraciones y obras de conservación realizadas en múltiples templos y casas rectorales diocesanas durante su episcopado³⁸.

³⁵ Archivo de Secretaría del Seminario Diocesano San Atilano. *Libro de matrículas y censuras* (1908-1945), 487.

³⁶ *El Correo de Zamora*, 17 de marzo de 1951, 11.

³⁷ AHPZa. DPV. 14/12.

³⁸ *BOOZa*, 1950, pp. 169-71.

Entre el 17 y el 19 de diciembre de 1947 se congregaron en Zamora los obispos de Valladolid, Salamanca, Ávila, Astorga, Ciudad Rodrigo y el propio anfitrión en reunión ordinaria de prelados de la provincia eclesiástica³⁹, visitando a su conclusión los Saltos del Duero en Villalcampo⁴⁰.

Desde el punto de vista del asociacionismo laical, y en concreto del relativo a la Semana Santa popular, en 1948 se refundó la Real Cofradía de Jesús en su entrada triunfal en Jerusalén y también se creó la sección de Damas de la Virgen de la Soledad. En agosto de ese mismo año, la rama masculina de Acción Católica congregó a jóvenes de toda España en una peregrinación nacional a Santiago de Compostela. Bajo el lema “Cien mil jóvenes santos a Compostela” la Iglesia de Zamora participó con 40 militantes y 10 seminaristas mayores. En la diócesis se preparó aquel encuentro con varias actividades, de entre las que destacó la organización de sendas peregrinaciones a las imágenes de la Virgen de la Hiniesta y la Virgen del Viso, reuniendo la primera de ellas cerca de 2.000 fieles⁴¹. Ya en 1949 la diócesis acogió la imagen de la Virgen de Fátima en su periplo por todo el mundo. En este sentido, se celebraron distintos actos diocesanos entre el 5 y el 15 de mayo con el fin de fomentar la devoción a esta advocación mariana⁴².

4. EL EPISCOPADO DE EDUARDO MARTÍNEZ GONZÁLEZ

La Iglesia de Zamora recibió en 1951 un nuevo obispo, que pastoreó la diócesis durante los siguientes veinte años. Monseñor Eduardo Martínez González, natural de Mancera de Abajo (Salamanca), procedía de la sede Primada de España, donde había ejercido la tarea pastoral como obispo auxiliar y titular de Attea⁴³. El 14 de diciembre de 1950 se hizo público su nombramiento como obispo de Zamora⁴⁴. El deán de la catedral, Amando López Martínez, tomó posesión de la sede episcopal en su nombre el 18 de marzo de 1951⁴⁵. El día siguiente, festividad de San José, el nuevo prelado entró en la diócesis entre grandes muestras de júbilo triunfal⁴⁶. Llegó a nuestra ciudad en un automóvil que le trasladó hasta la igle-

³⁹ *El Correo de Zamora*, 18 de diciembre de 1947, 1 y 3.

⁴⁰ *BOOZa*, 1947, pp. 262-4.

⁴¹ Desde entonces, cada lunes de Pentecostés un grupo de aquellos participantes peregrina al amanecer hasta la localidad de La Hiniesta precediendo a la romería con la Virgen de la Concha, rememorando aquel encuentro. Se autodenominan “La Conchita”. Información aportada por el sacerdote Benito Peláez Velasco, en una entrevista mantenida el 8 de enero de 2012.

⁴² *BOOZa*, 1949, pp. 92-5.

⁴³ *El Correo de Zamora*, 17 de marzo de 1951, 3.

⁴⁴ *BOOZa*, 1951, pp. 73-4.

⁴⁵ *Ibidem*, 74-5. La toma de posesión tuvo lugar el 18 de marzo, aunque por error quedó consignada en el *BOOZa* el día 19.

⁴⁶ *El Correo de Zamora*, 20 de marzo de 1951, 1, 3 y 4.

sia de San Juan de Puertanueva, desde donde partió una procesión hasta la catedral para celebrar un *Te Deum* e incorporarse definitivamente a la diócesis⁴⁷. Hombre estudioso y muy reservado, su especialización en Sagrada Escritura supuso el fermento de una amplia labor educacional y cultural para con el clero⁴⁸. En continuidad con esta línea, una de sus primeras actuaciones fue la de dividir el seminario en dos comunidades, prosiguiendo su andadura el mayor en Zamora y trasladar el menor a la ciudad de Toro, donde fue inaugurado en el curso 1952-53⁴⁹. En esos años las vocaciones sacerdotales crecieron de forma espectacular, ligadas en muchas ocasiones a convertirse en la única posibilidad de promoción educativa de muchachos procedentes del mundo rural. El obispo publicó posteriormente, en agosto de 1965, una exhortación pastoral animando a la cooperación para la construcción de un nuevo pabellón en el seminario menor toresano que acogiera con meridiana dignidad esta demanda vocacional y educativa⁵⁰.

Entre el 4 y el 14 de octubre de 1951 se celebraron misiones generales en la ciudad de Zamora⁵¹. Impartidas por los jesuitas, los actos que se llevaron a cabo mostraron el importante peso del nacionalcatolicismo en la diócesis pero también la vitalidad y el vigor apostólico de la Iglesia local. Tuvieron lugar actos de piedad popular como el rezo general de la salve en la Plaza Mayor con la presencia del grupo procesional de Nuestra Madre, un viacrucis para hombres con la misma imagen y el Cristo de las Injurias, y el rosario de la aurora seguido de misa, pero también un acto sacerdotal con procesión entre los templos de San Andrés y San Vicente seguida de eucaristía y la celebración de una cabalgata infantil. Junto a estas celebraciones, durante todas las jornadas se celebraron actividades apostólicas en los centros misionales y los sacramentos de la eucaristía y confesiones. Las misiones concluyeron con una magna concentración de todos los participantes en la Plaza Mayor, que fueron bendecidos con el santísimo por el obispo diocesano⁵².

Por su parte, la Iglesia española acogió entre el 27 de mayo y el 1 de junio de 1952 el Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Barcelona. Congregó a 300 obispos de más de 77 países, 12 cardenales y miles de peregrinos y personalidades de todo el mundo en una manifestación grandiosa de fervor y de estudio en

⁴⁷ BOOZA, 1951, pp. 76-82.

⁴⁸ MATEOS RODRÍGUEZ, Miguel Ángel. "La Guerra Civil". En *Historia de Zamora III. La edad contemporánea*. Zamora: Diputación de Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo" y Caja España, 1995, p. 734.

⁴⁹ BOOZA, 1952, p. 311. Cf. HERNÁNDEZ FUENTES, Miguel Ángel. "Historia del Seminario Diocesano San Atilano: 1797-1997. Acontecimientos y situaciones", En *Seminario Diocesano de Zamora. 200 años de existencia*. Zamora: Diócesis de Zamora 1999, p. 27 y SÁNCHEZ HERRERO, José. "La Diócesis de Zamora, hogar de vida cultural y benéfico asistencial". En *XI centenario de la fundación de la Diócesis de Zamora (901-2001)*. Zamora: Obispado de Zamora, 2002, p. 45.

⁵⁰ BOOZA, 1965, pp. 195-7.

⁵¹ *Ibidem*, 1951, pp. 106-9.

⁵² *Ibidem*, pp. 226-9 y 327-40.

la que fue legado papal el cardenal Tedeschini⁵³. Por otro lado, la firma del trascendental Concordato de 1953 supuso para el régimen de Franco una garantía de consolidación en el espectro político internacional. La Iglesia obtuvo así el amparo del poder y la legitimación de su apoyo decidido, pero comenzó a contar cada vez con menos posibilidades de reacción crítica frente al régimen, sobre todo si se tiene en cuenta que el nombramiento de los obispos se llevaba a cabo conjuntamente entre la Santa Sede y el gobierno español. Ninguna personalidad distante o crítica con el poder franquista pasó a regir ninguna diócesis⁵⁴. En los años cincuenta cobró especial relevancia el Opus Dei, fundado en 1928 por José María Escrivá de Balaguer, llegando a alcanzar cotas de extraordinario poder en los llamados gobiernos tecnócratas del régimen a partir de finales de la década de los cincuenta⁵⁵. Este movimiento contó en la diócesis con numerosos seguidores desde sus orígenes.

En relación al referido Concordato, su artículo IX determinaba la revisión de las demarcaciones diocesanas con el fin de eliminar los enclaves y ajustarlas a los límites de las provincias civiles. En la diócesis zamorana entró en vigor la nueva delimitación el 15 de marzo de 1955, perdiendo una franja perteneciente a la provincia de Valladolid, pero incorporando las tierras de los alfofes de Villalpando y Benavente, resultando un balance de 19 parroquias recibidas⁵⁶. (Fig. 3).

Los movimientos laicales habían tenido gran protagonismo en múltiples asociaciones, aunque las más vitales fueron las Conferencias de San Vicente de Paúl, la Adoración Nocturna⁵⁷ o los Luises, esta última especialmente dedicada al apostolado entre la infancia y la juventud, vinculada a los claretianos⁵⁸. En la década de los años cincuenta cobraron aún mayor peso específico, sobre todo tras convocarse la primera Asamblea general diocesana de Acción Católica entre el 28 y 30 de octubre de 1955⁵⁹ y la celebración del primer Congreso eucarístico diocesano entre el 31 de mayo y el 5 de junio de 1958. Este último, promovido por el obispo e impulsado por numerosos grupos de todas las secciones de Acción Católica de la diócesis, conmemoró el octavo centenario del prodigio de las sagradas formas salidas del templo de Santa María la Nueva en su incendio en 1158. El objetivo

⁵³ Cf. GRECIET, Esteban. *Fe, esperanza y decadencia. La crisis del catolicismo español*. Madrid: Íncipit, 1999, p. 27.

⁵⁴ Cf. GONZALEZ DE CARDEDAL, "Iglesia...", p. 82.

⁵⁵ GALLEGO, José Andrés; PAZOS, Antón M. *La Iglesia en la España contemporánea. II. 1936-1998*. Madrid: Ediciones Encuentro, 1999, pp. 76-80. CALLAHAN, *La Iglesia Católica...*, 391. AA.VV. *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Fundador del Opus Dei*. Madrid: Postulación General del Opus Dei, 1992, pp. 26-9.

⁵⁶ *BOOZa*, 1955, pp. 91-5.

⁵⁷ *El Correo de Zamora*, 17 de marzo de 1951, 11.

⁵⁸ Cf. GARCÍA LOZANO, Rafael Ángel. "Cien años de la presencia de los claretianos en Zamora". En *Segundo Congreso de Historia de Zamora. Tomo III*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", Diputación de Zamora y UNED Zamora, 2008, p. 420.

⁵⁹ *BOOZa*, 1955, pp. 303-5.

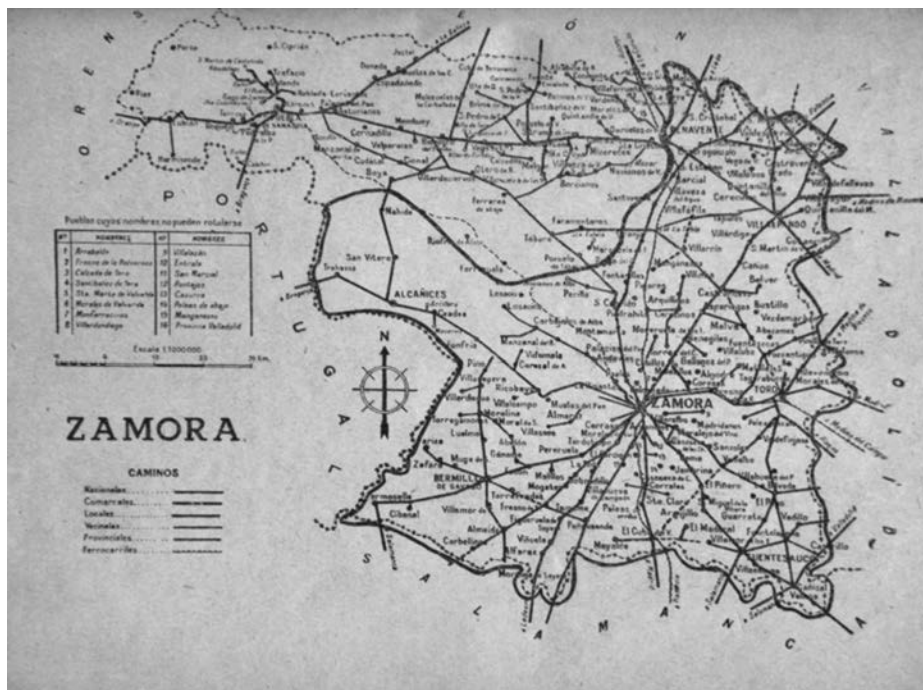


Fig. 3. Mapa de la diócesis tras la remodelación de sus límites en 1955. (BOOZA [1955] 95).

principal fue fortalecer el culto eucarístico de los diocesanos por medio de la celebración de variados actos litúrgicos, devocionales y culturales. Con un gran despliegue de medios se llevaron a cabo dos exposiciones de arte sacro y ornamentos litúrgicos, la representación de un auto sacramental sobre el episodio histórico del motín de la trucha, un concierto de la coral de la Universidad Pontificia de Salamanca, eventos específicos para niños, religiosas y maestros, la celebración de una fiesta literaria y un ciclo de conferencias y sesiones de formación eucarística, además de la celebración de un triduo en la catedral, dos misas solemnes de carácter diocesano, vigiliyas de adoración nocturna y sendas procesiones para trasladar las sagradas formas desde el convento de las dominicas Dueñas de Cabañales al primer templo diocesano y la procesión del corpus desde la catedral hasta la iglesia de María Auxiliadora, donde el obispo consagró la diócesis a la Eucaristía, cerrando así los actos del congreso⁶⁰. (Fig. 4).

⁶⁰ *Ibidem*, 1958, pp. 234 ss. Suplemento.



Fig. 4. Congreso eucarístico diocesano. 1958 (*BOOZa* [1958] sup. 72).

En el marco de las asociaciones de Semana Santa de la capital, con una estética y un carácter marcadamente rural surgió en 1956 la Hermandad de Penitencia y en 1960 la hoy denominada Cofradía de la Virgen de la Esperanza. Los actos de piedad no fueron menos importantes. En 1954 la diócesis celebró el Año Mariano⁶¹, dos años después las reliquias de San Ignacio de Loyola llegaron a Zamora con los consiguientes actos litúrgicos⁶², y en 1961 se celebraron misiones generales en la ciudad⁶³.

La dedicación pastoral del obispo Martínez González fue ciertamente intensa. Entre abril y mayo de 1956 realizó una peregrinación a Tierra Santa y Roma⁶⁴, volviendo a la Ciudad Eterna el 12 de noviembre de 1957 para realizar la visita *Ad Limina*⁶⁵. Ya después del Concilio mantuvo el ritmo de trabajo, realizando entre 1966 y 1968 visitas pastorales a Sayago, Alba, Aliste y Benavente. En 1959 decre-

⁶¹ *Ibidem*, 1954, pp. 52-3.

⁶² *Ibidem*, 1956, pp. 95-6.

⁶³ *Ibidem*, 1961, pp. 125-8.

⁶⁴ *Ibidem*, 1956, pp. 153-5.

⁶⁵ *Ibidem*, 1957, pp. 285-8.

tó el 19 de marzo la erección de la parroquia de Cristo Rey⁶⁶ y el 25 de julio la de Nuestra Señora del Pilar⁶⁷. Por otro lado, el 9 de diciembre se inauguró en Benavente la primera estación emisora de radio de la Iglesia en la provincia⁶⁸.

Asimismo, durante su episcopado “se multiplicó la presencia de asociaciones religiosas eclesiales: Salesianos, Jesuitas, Franciscanos, Misioneros del Verbo Divino, (...) Adoratrices”⁶⁹ y Benedictinas⁷⁰ se asentaron en la diócesis adoptando tareas principalmente educativas y de caridad, orientadas prioritariamente hacia el sector más joven de la población. La acción de la mayoría de estas congregaciones religiosas se decantó por proveer las condiciones e infraestructuras necesarias para ofrecer una salida en el campo de la enseñanza a los muchachos de condición más humilde originarios del mundo rural⁷¹. Su orientación hacia las enseñanzas media y profesional se fundamentó principalmente en el escaso poder económico de los que procedían de fuera de la capital y la ausencia de residencias en Zamora para este fin⁷². Algunas órdenes religiosas crearon o regentaron instituciones caracterizadas por un signo netamente social, dirigido a los económicamente más débiles pero de formación cristiana más profunda, levantando centros donde recibieran una completa formación integral⁷³. (Fig. 5). El número ascendente de vocaciones incrementó la presencia de estas congregaciones en toda la geografía nacional y, por ende, supuso paralelamente un semillero de nuevas vocaciones para la Iglesia española y la universal.

Durante la década de los años sesenta la diócesis conmemoró varios aniversarios. En 1960 se celebró el centenario de la fundación de las Hijas de la Caridad en la capital⁷⁴ y el séptimo centenario de la invención del cuerpo de San Ilde-

⁶⁶ *Ibidem*, 1959, pp. 55-57.

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 144-146.

⁶⁸ *Ibidem*, 1960, pp. 12-14. *El Correo de Zamora*, 10 de diciembre de 1959, 1 y 5.

⁶⁹ MATEOS RODRÍGUEZ, “La era de Franco...”, 734.

⁷⁰ *BOOza*, 1961, p. 176.

⁷¹ FANJUL, Juan Luis; VARA HERRERO, José Miguel. “Impresiones sobre la provincia de Zamora”, *Noticias Mensuales. Provincia de León S. J.*, 1964, Octubre-Diciembre, pp. 35-43.

⁷² La escasa oferta de centros de enseñanza media a mediados de la década de los años sesenta se reducía a los centros existentes en Toro y Benavente, además del propio instituto de la capital, el colegio de los P. Claretianos y las residencias de los P. Jesuitas y P. Franciscanos, además de otros centros de religiosas, destacando el Colegio Medalla Milagrosa de Zamora, el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, la residencia Padre Usera y la residencia de las Hijas del Corazón de María. Especial relevancia adquirió el Colegio Divina Providencia, regentado por las Siervas de San José, en la atención de niñas sin recursos desde una oferta educativa orientada hacia la incorporación a la vida laboral. En referencia a la enseñanza profesional masculina únicamente existía en la provincia la Universidad Laboral, regentada por los Salesianos.

⁷³ Cf. SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Galo. *La Universidad Laboral de Zamora: una manifestación del proyecto social y educativo de Franquismo (1946-1980)*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, 2006, pp. 169-73, y GARCÍA LOZANO, Rafael Ángel. “La obra benéfico-docente de la Compañía de Jesús. El colegio menor *San Alfonso Rodríguez*”. *Miscelánea Comillas. Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 2012, 70, pp. 225-40.

⁷⁴ *BOOza*, 1960, pp. 236-7.



Fig. 5. Colegio Menor “San Alfonso Rodríguez”.
Finales de la década de los 60. (APCSJ)

fonso⁷⁵. En 1964 se conmemoró también el primer centenario de la Congregación del Amor de Dios⁷⁶, en 1966 el cincuenta aniversario de la instauración de los Cursillos de Cristiandad⁷⁷ y en 1967 el quinto centenario de la proclamación del voto de villa de Villalpando y su tierra a la Inmaculada⁷⁸.

Uno de los aspectos más significativos del episcopado de monseñor Martínez González fue el de la promoción de nuevos templos en la diócesis. A mediados de la década de los cincuenta cobró especial relevancia en nuestra provincia el movimiento migratorio vivido por el país en general, desplazando grandes contingentes de población del medio rural al urbano, siendo la ciudad de Zamora uno de los lugares de acogida. Esto derivó en la consiguiente expansión de la capital. El obispo no quiso desentenderse de su responsabilidad de que la Iglesia diocesana respondiera a las necesidades que el crecimiento demográfico planteaba en la ciudad y en algunos pueblos de la circunscripción de la diócesis⁷⁹. Martínez González

⁷⁵ *Ibidem*, pp. 18-9.

⁷⁶ *Ibidem*, 1964, pp. 231-7.

⁷⁷ *Ibidem*, 1966, pp. 373-4.

⁷⁸ *Ibidem*, 1967, pp. 372-3 y *El Correo de Zamora*, 20 de junio de 1967, 5.

⁷⁹ Este particular alcanzó especial relevancia en la Iglesia española de forma generalizada, atendiendo a los nuevos retos pastorales que desencadenó este fenómeno. Cf. AA.VV. *Urbanización y pastoral*. Bilbao: Mensajero, 1969; AA.VV. *La Iglesia y la ciudad. Cuatro estudios sobre pastoral urba-*

tenía claro que debía fomentar la construcción de nuevos templos capaces de acoger la atención pastoral y el culto de quienes comenzaban su vida en una zona de ensanche urbano. Poco después de su toma de posesión, el 5 de octubre de 1952 erigió la parroquia de Nuestra Señora de Lourdes en el templo homónimo, proyectado por Joaquín de Vargas en abril de 1905⁸⁰. A mayores, el prelado llevó a cabo la consagración de otras iglesias en sectores rurales y urbanos. Como él mismo llegó a afirmar, en ningún momento le tembló el báculo incluso para empeñar a la diócesis, si hubiera sido necesario, con el propósito de levantar nuevos templos. A comienzos de 1964 en la totalidad de la diócesis se habían edificado diez de nueva planta y se había intervenido, mediante reconstrucción o restauración, en ciento sesenta y siete más, todo ello durante el pontificado que nos ocupa en este momento⁸¹. Sólo en la capital, el resultado de este empeño fueron las iglesias parroquiales de Cristo Rey, San José Obrero y Nuestra Señora del Pilar, los templos de San Benito y de la Virgen del Carmen del Camino y una fallida propuesta para iglesia de San Lorenzo, todas ellas absolutamente en consonancia con lo que se venía llevando a cabo en el resto del país. Junto a la construcción de estos inmuebles, la diócesis promovió la ejecución de otras obras de no menor envergadura. En 1955 las Misioneras Cruzadas de la Iglesia se establecieron en la diócesis en la antigua clínica de Dacio Crespo, remodelada para convertirse en Casa de Ejercicios Espirituales⁸². También se llevó a cabo la edificación de un nuevo pabellón en el seminario menor de Toro, fruto de las necesidades derivadas del paulatino incremento de vocaciones, siendo bendecida su primera piedra el 19 de marzo de 1966⁸³. Un año después, en primavera de 1967, fue bendecida la casa sacerdotal diocesana por el nuncio de su santidad en España, Antonio Riberi⁸⁴.

Por lo demás, el período franquista coincidió con profundos cambios en el mundo occidental, con una vertiginosa evolución de la sociedad, marcada a su vez por la independencia de países africanos y asiáticos, por la creciente industrialización y por la gran influencia que los medios de comunicación empezaban a ejercer sobre las costumbres y la mentalidad de las personas. La situación de la Iglesia estuvo condicionada por la fuerte tensión entre orientaciones más abiertas y posiciones conservadoras. Estas últimas se pusieron de manifiesto con la excomunión de los comunistas en 1949 y la firma del mentado Concordato con España en 1953, mientras que las más aperturistas estuvieron representadas por el fenómeno de los llamados curas obreros de Francia e Italia y la *Nouvelle Theologie*. No obstante, prevaleció la línea conservadora con la suspensión de estos sacerdotes entre

na y sociología parroquial. Barcelona: Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona, 1967; COBLIN, Joseph; CALVO, Francisco Javier. *Teología de la ciudad*. Estella: Verbo Divino, 1972.

⁸⁰ BOOZA, 1952, pp. 308-10.

⁸¹ Cf. *El Correo de Zamora*, 22 de enero de 1964, 5.

⁸² BOOZA, 1955, pp. 279-80.

⁸³ *Ibidem*, 1966, p. 139

⁸⁴ *El Correo de Zamora*, 20 de junio de 1967, 6.

1954 y 1959 y la aparición de una cierta prevención contra los teólogos Daniélou, De Lubac y Congar⁸⁵.

El 28 de octubre de 1958 el colegio cardenalicio eligió un nuevo papa, que adoptó el nombre de Juan XXIII. Con esta designación los cardenales quisieron responder a una situación provisional y transitoria en la Iglesia mediante el nombramiento de un pontífice anciano. Pero con su carácter sencillo, cercano y afable, Juan XXIII ofreció una nueva y más cercana imagen del papado. Ejerció su ministerio de pastor de la Iglesia universal como si de una pequeña diócesis se tratara. Después de reformar la Curia Vaticana, en 1961 publicó la encíclica *Mater et Magistra*, en conmemoración de los sesenta años de *Rerum Novarum*. Sin embargo, uno de los acontecimientos más importantes de su pontificado se había dado un par de años antes. Sorprendió a todos en 1959 con la convocatoria de un Concilio, con el fin de intentar poner luz en la vida del cristiano y de la propia Iglesia, con la idea de que duraría solamente una sesión y sin llegar a intuir la trascendencia que finalmente tendría el Concilio Vaticano II. El papa Roncalli planteó la importancia de ofrecer respuesta a los problemas de la sociedad contemporánea, la colaboración entre todos los obispos de la Iglesia como misión colegial, la necesidad de unidad de todos los cristianos y la búsqueda de una humanidad mejor. Estos principios resultaron oportunos al conectar con el proceso de cambio en el que ya estaba sumergida la Iglesia⁸⁶. No en vano “el Concilio fue la ocasión y no tanto la causa de la aparición de corrientes”⁸⁷ de renovación, adecuación y evolución de las distintas perspectivas en el seno de la Iglesia Católica. Estos principios fructificaron en la búsqueda del *aggiornamento* de la institución eclesiástica y en el mensaje que ésta tenía que ofrecer al hombre contemporáneo.

Para que estas aspiraciones prosperaran, la Iglesia tuvo que desprenderse de concepciones pasadas. Dejó de lado el planteamiento sectario para insertarse en la historia como realidad salvífica creada por Dios, abandonando las condenas y las suspicacias del pasado. También fue necesario renunciar a girar en torno a la jerar-

⁸⁵ Cf. MARTINA, Giacomo. “El contexto histórico en el que nació la idea de un nuevo concilio”. En LATOURELLE, René (ed.). *Vaticano II: balance y perspectivas*. Salamanca: Sígueme, 1989, p. 25. La situación cambió radicalmente con la celebración del Concilio Vaticano II, cuando algunos teólogos que antes estaban bajo sospecha o suspendidos pasaron a tener una importancia de primer orden en el desarrollo del propio Concilio.

⁸⁶ El propio Juan XXIII llegó a concretar el núcleo del Concilio Vaticano II en la forma “Lumen Christi-Lumen Ecclesiae-Lumen gentium” y su sucesor, el papa Pablo VI, lo llevó a cabo. De esta forma la comprensión de las distintas perspectivas confluyó hacia una doble visión de la propia institución eclesial, como Iglesia en sí misma (Ecclesia ad intra) e Iglesia en relación con los hombres y la sociedad (Ecclesia ad extra). Así, se apostó por una postura claramente dialogal, abierta a una relación en profundidad con la humanidad, descubriéndose como comunión, fomentando el encuentro con los hermanos de otras confesiones cristianas, con los hombres que buscan a Dios e incluso con los no creyentes de buena voluntad. Por tanto, aquel Concilio trató de Iglesia sobre la Iglesia. Cf. BLÁZQUEZ, Ricardo. *La Iglesia del concilio Vaticano II*. Salamanca: Sígueme, 1991, p. 20.

⁸⁷ Cf. LABOA, *Historia de la Iglesia...*, pp. 329-30.

quía para reencontrarse como comunión de todos los bautizados, donde conviven distintos dones, ministerios y carismas en la única misión⁸⁸. Todo ello fue posible gracias a varios factores. Así, el florecimiento de la patrística aportó fundamentalmente la dimensión misteriosa a la eclesiología⁸⁹. El resurgir de los estudios bíblicos devolvió a la Iglesia la palabra de Dios, cuya lectura tantas veces había sido prohibida, además de enriquecerla con las nuevas interpretaciones de los textos bíblicos⁹⁰. Por último, el Movimiento Litúrgico, surgido en los monasterios de Solesmes (Francia) y Beuron (Alemania), se extendió ayudando progresivamente a descubrir el papel insustituible de cada uno de los bautizados en la Iglesia y en concreto en la celebración litúrgica⁹¹.

En el Concilio Vaticano II se dieron una serie de circunstancias inéditas hasta entonces en la institución eclesiástica. Por un lado, fue la primera vez que contó

⁸⁸ La Iglesia emanada del Concilio Vaticano II pasó a comprender al hombre en una continua búsqueda de Dios, aspirando a la santidad como meta de la vocación cristiana y en camino hacia la escatología. Como sacramento universal de salvación que es, la Iglesia puso en alza la nueva teología del laicado basada en el sacramento del bautismo y el sacerdocio común de los fieles, además de reconocerse corresponsable en la multiplicidad de ministerios, vocaciones y carismas. Se redescubrió el sacerdocio ministerial y los consejos evangélicos en la vida consagrada, además de insistir tanto en el diálogo fe-cultura como en el diálogo con los alejados y no creyentes. Así, aquel Concilio intentó ofrecer “una visión más completa, más explícita y, por lo tanto, más realista y más útil para el cuidado pastoral de la persona en su realidad existencial”, del mundo en general y de la propia Iglesia. RULLA, Luigi; IMODA, Franco; RIDICK, Joyce. “Antropología de la vocación cristiana: aspectos conciliares y postconciliares”. En LATOURELLE, *Vaticano II...*, pp. 751-2.

⁸⁹ La Iglesia se definió como comunión (Cf. LG 8-9), es decir, como participación y solidaridad en comunidad, con Dios y con los hermanos. Y también se entendió como pueblo de Dios (Cf. LG 9-12), como el conjunto de los bautizados que peregrina por el mundo en la búsqueda futura de Dios. Cf. Voces “pueblo de Dios” e “Iglesia” en FLORISTÁN, Casiano (dir.). *Nuevo diccionario de pastoral*. Madrid: San Pablo, 2002, y FLORISTÁN, Casiano; TAMAYO, Juan José (eds.). *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Madrid: Trotta, 1993. Desde aquí la propia Iglesia comprendió que debía estar al servicio del mundo y ser para él sacramento universal de salvación. De esta forma “los problemas del mundo contemporáneo que la Iglesia quiere iluminar son problemas del hombre. Sólo desde la antropología tiene sentido abordarlos, ya que de la visión del hombre que se tenga dependerá la solución que se les dé. El hombre en todas sus dimensiones personales y sociales es el que Dios quiere salvar, y son precisamente “el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo” (GS 1) las que la Iglesia comparte. Así, esta solidaridad con los hombres no se da desde fuera, porque la Iglesia y los cristianos forman parte del mundo, viven las mismas circunstancias y situaciones de los demás hombres, comparten las mismas ideas de toda la humanidad”. LADARRIA, Luis. “El hombre a la luz de Cristo en el concilio Vaticano II”. En LATOURELLE, *Vaticano II...*, p. 705. En relación con el mundo, la Iglesia se sintió especialmente orientada al diálogo, siendo este criterio la verdadera piedra de toque de la evangelización. En su misión de proclamar el evangelio, la institución eclesial revalorizó tanto el primer anuncio explícito como el servicio, especialmente ante el universalismo y la pluralidad de culturas, que el mundo ofrecía y sigue ofreciendo.

⁹⁰ Este nuevo talante de redescubrimiento eclesial tanto en su propio ser como en su misión vino a concretarse en una nueva interpretación exegética y una, igualmente novedosa, perspectiva de la Revelación, que condujeron a la palabra de Dios a verterse en la teología y la pastoral.

⁹¹ La nueva concepción de la liturgia puso de relieve perspectivas novedosas de los sacramentos de la penitencia, el matrimonio y la eucaristía, valorando de forma especial que el último construye Iglesia. Así, la Iglesia universal comienza a entenderse desde la comunión de las locales, además de ver la necesidad de profundizar en el ecumenismo.

con la participación de peritos expertos, por otro, acudieron observadores de otras religiones y se abordaron cuestiones concretas del orden temporal. Además, todo ello desde un talante conciliador que prefirió prescindir del triunfalismo, de juridicismo y del clericalismo⁹². El Concilio asumió novedades y respondió con la universalidad de la representación episcopal⁹³. Fue muy consciente de que se desarrolló en una época de optimismo que confiaba en la bondad del hombre y en la esperanza de un futuro que estaba al alcance de su mano⁹⁴. Este clima favorable llegó a calar en la propia Iglesia y en el Concilio, poniéndose especialmente de manifiesto en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, que desencadenó el despertar de una nueva conciencia eclesial en los cristianos, quienes comenzaban a sentirse partícipes y protagonistas en la vida eclesial.

Tras la clausura del Concilio el 8 de diciembre de 1965, estando ya la Iglesia bajo el pontificado de Pablo VI —elegido el 21 de junio de 1963—, comenzó el post-concilio. Los nuevos horizontes abiertos por el Concilio, marcados por el diálogo y la apertura a la sociedad y cultura secularizadas de la sexta década del siglo, fueron precedidos por una intensa labor de trabajo y renovación que había comenzado a calar en los ambientes más permeables de la Iglesia. La elección del cardenal Montini supuso una apuesta por la continuidad en las reformas. Su pontificado (1963-1978) resultó plenamente acogido por la mayoría de los sectores, a pesar de algunos tropiezos, pues la publicación de su encíclica *Humanae Vitae* sobre la paternidad responsable causó un gran revuelo y cierto rechazo por parte de algunos sectores eclesiales.

No pocos obispos españoles participaron en el Concilio Vaticano II. La Iglesia zamorana estuvo representada en la persona del obispo Martínez González. Además de participar en su totalidad, el prelado protagonizó sendas intervenciones orales en la XLIV y XCV congregación general del concilio en las que se gestaba las constituciones dogmáticas *Lumen Gentium* y *Dei Verbum* respetivamente, además de una intervención oral más y tres recursos escritos⁹⁵. A pesar de que las manifestaciones de los obispos españoles en las sesiones conciliares destacaron por lo general por su conservadurismo, el hecho de abrirse a una nueva realidad eclesial y, de alguna manera, también social, supuso para muchos un auténtico punto

⁹² Este tríptico tiene su origen en una intervención del obispo de Brujas (Bélgica), monseñor Smedt, del 1 de diciembre de 1962 en la que recomendaba a los padres conciliares guardarse del clericalismo, juridicismo y triunfalismo.

⁹³ Hasta entonces los concilios habían sido convocados a causa de herejías o desviaciones en la fe, centrándose exclusivamente en aspectos doctrinales. Resulta interesante tener en cuenta la cuestión de la colegialidad episcopal en: DE LUBAC, H. *Diálogo sobre el concilio Vaticano II. Recuerdos y reflexiones*. Madrid: BAC, 1985, pp. 64-6.

⁹⁴ Cf. RAMOS GUERREIRA, Julio Antonio. *Teología pastoral*. Madrid: BAC, 1999, p. 58.

⁹⁵ Cf. ASSCOV I-II, 1970, pp. 730-1; *ibidem* II-II, 1972, pp. 355-8; *ibidem* I-IV, 1972, pp. 641-3; *ibidem* III-III, 1974, pp. 355-9; *ibidem* III-VII, 1976, pp. 317-8 y *ibidem* IV-I, 1976, pp. 799-804. Véase también *BOOZA*, 1964, pp. 357-8.

de inflexión⁹⁶. Sin embargo, la recepción de las disposiciones emanadas de aquellas sesiones en nuestro país fue lenta y no carente de dificultades. En aquellos momentos en la Iglesia española comenzaron a coger fuerza y entidad los movimientos apostólicos, especialmente los pertenecientes a las distintas ramas de la Acción Católica. Éstos aglutinaron a muchos jóvenes que desempeñaron una gran labor religiosa y asistencial, siendo, en el mundo secular, la mano derecha de los obispos.

Los nuevos aires de renovación de la Iglesia comenzaron a dejarse sentir también en Zamora. En 1967 en la diócesis se crearon el Consejo presbiteral⁹⁷ y el Consejo pastoral⁹⁸ como concreción de una nueva forma de gobierno colegial de la iglesia local⁹⁹. Los movimientos laicales experimentaron un gran impulso, iniciándose entre febrero y marzo de 1967 en el barrio de San Frontis de la capital zamorana la segunda comunidad perteneciente al movimiento apostólico de las Comunidades Neocatecumenales¹⁰⁰. Por otra parte, fruto de la renovación de Semana Santa protagonizada por jóvenes de la capital, en 1968 se fundó la Hermandad Penitencial de las Siete Palabras.

El seminario diocesano vivió también tiempos de cambio tras el Concilio. Renovado parte de su claustro de profesores con la incorporación de algunos presbíteros jóvenes a tareas educativas, una nueva espiritualidad más encarnada se fue abriendo paso entre posturas más convencionales y clericales, lo cual dio lugar a desencuentros y desavenencias en el plano formativo. Para desafuero de muchos, los seminaristas zamoranos comenzaron a hacer prácticas pastorales en terrenos poco acostumbrados, insertándose algunos de ellos en los barrios marginales de Madrid. Incluso la autoridad civil local mostró ciertas suspicacias con el seminario al enviar agentes de policía camuflados a vigilar las homilias de algunos formadores de esta institución¹⁰¹.

⁹⁶ Cf. LABOA, Juan María. "Los hechos fundamentales ocurridos en la vida de la Iglesia española en los últimos treinta años (1966-1998)". En GONZALEZ DE CARDEDAL, Olegario (ed.). *La Iglesia en España*. Madrid: PPC, 1999, p. 119.

⁹⁷ *BOOZA*, 1967, pp. 127-8.

⁹⁸ *Ibidem*, pp. 191-2.

⁹⁹ *El Correo de Zamora*, 3 de enero de 1967, 4.

¹⁰⁰ Esta realidad eclesial llegó a la diócesis de la mano de José Martín Alonso. Terminados sus estudios teológicos y aún sin la edad canónica para ser ordenado, se desplazó a Madrid para realizar su etapa pastoral, ciudad en la que entró en contacto con Kiko Argüello en los inicios del aún incipiente movimiento. Persuadido por aquel particular modo de vida cristiana, propuso la reproducción de aquel modelo en el barrio de la capital zamorana, que fue acogido por el párroco José Escribano. Tras la celebración de las primeras catequesis por el propio Argüello en la parroquia de San Frontis durante dos semanas, el movimiento arraigó finalmente. Información aportada por José Martín Alonso en una entrevista celebrada el 4 de marzo de 2012. Véase también *BOOZA*, 1971, pp. 484-6.

¹⁰¹ El único contenido presuntamente subversivo de estas homilias era únicamente que versaban sobre derechos humanos. Información aportada por el sacerdote diocesano y entonces formador del seminario José Antonio Prieto Rodríguez en una entrevista celebrada el 7 de febrero de 2012.

También vinculado al seminario, Miguel Manzano, por entonces prefecto de disciplina de los filósofos y organista de la catedral, publicó *Salmos para el pueblo* en 1968. Aunque el Concilio estaba siendo acogido a distintas velocidades, su reforma litúrgica empezó a calar con notable celeridad en la Iglesia, y en el seminario mayor de la diócesis encontró un grupo de curas y alumnos verdaderamente entusiastas de la liturgia participada. Solo unos años antes había compuesto junto a José Gutiérrez Mazerres los *Cantos para la misa participada*, y la *Misa Cantada* junto a Fabriciano Martín Avedillo¹⁰².

En esos años las vocaciones sacerdotales tuvieron su propia y particular dinámica en la diócesis. Durante toda la década de los sesenta el número de altas en el seminario había seguido creciendo, teniendo incluso que celebrar cada año un curso para la selección de candidatos al ingreso en esta institución¹⁰³. Sin embargo, ya en el segundo lustro de esa década la cifra inició un acusado descenso, que en parte determinó también que en 1969 el seminario mayor fuera trasladado a Salamanca¹⁰⁴.

Los años siguientes a la celebración del Concilio Vaticano II no fueron nada tranquilos en nuestro país. En 1966 se desencadenó la mayor crisis que la Acción Católica había sufrido nunca en España. Los integrantes de sus distintas ramas exigieron medidas que los obispos no estuvieron dispuestos a conceder, reaccionando éstos con la destitución de los consiliarios. En Zamora, la junta diocesana no aceptó los nuevos estatutos presentados por los prelados por considerar que socavaban la autonomía del laicado asociado, dando así lugar al comienzo del derrumbamiento de ese movimiento apostólico. Este hecho supuso crítica pública de monseñor Martínez González en uno de los diarios provinciales casi dos años después¹⁰⁵. También en 1966 se creó la Conferencia Episcopal Española. Con ello, desde Roma Pablo VI hizo una apuesta real por cambiar y renovar el episcopado español, pero respetando escrupulosamente la figura y el papel de esta asamblea de los obispos. En este proceso fue capital el papel de monseñor Giovanni Benelli, desde su trabajo en la Secretaría de Estado Vaticano. En 1968 algún sector de la Iglesia apoyó y acompañó las manifestaciones contra el régimen de Franco, especialmente las llevadas a cabo a causa del proceso de Burgos y las revueltas laborales, ofreciendo también amparo en muchos casos. En 1971 la cúpula eclesiástica de España organizó la llamada Asamblea Conjunta, sobre cuya celebración el

¹⁰² Cf. CASQUERO FERNÁNDEZ, José Andrés; GARCÍA LOZANO, Rafael Ángel. "Miguel Manzano: la voz de la música popular de tradición oral". *Papeles del Novelty*, 2010, 19, pp. 107-11.

¹⁰³ *BOOZA*, 1961, pp. 103-4. La escasez de espacio para acoger candidatos al sacerdocio hacía que se produjeran circunstancias como que en el curso 1964-65 más de dos centenares de muchachos ingresaran en el seminario de Sigüenza por no tener plaza en el de Toro, a pesar de haber aprobado el examen en la diócesis zamorana. Información aportada por Benito Peláez Velasco, en una entrevista mantenida el 8 de enero de 2012.

¹⁰⁴ HERNÁNDEZ FUENTES, "Historia del Seminario...", pp. 24-7.

¹⁰⁵ *El Correo de Zamora*, 31 de mayo de 1968, 4.

Gobierno mostró sus recelos. Allí, obispos y sacerdotes pudieron hacer efectivo un encuentro y un diálogo que, sin tener vinculación definitiva, quiso tomar el pulso del país, orientar la acción sacerdotal y ayudar a la Iglesia a estar dinámicamente presente en una sociedad que luchaba por una mayor libertad, participación y justicia social¹⁰⁶. La diócesis de Zamora preparó su presencia en la Asamblea Conjunta con la celebración en el seminario de varias asambleas preparatorias. En ellas se mostraron las tensiones existentes entre sectores más aperturistas y más tradicionales del clero. En esta época, en la diócesis faltó una figura de prestigio intelectual y aceptado por las distintas tendencias, y que aglutinara las diversas sensibilidades de los sacerdotes hacia la renovación¹⁰⁷.

El acontecer de la Iglesia de Zamora en los últimos quince años del Franquismo estuvo marcado por tiempos de cambio. El Concilio Vaticano II desencadenó en nuestra diócesis notable incremento de la autoconciencia de los cristianos, que reconsideraron con nuevos bríos su ser y misión en la sociedad. El laicado se vigorizó desde las asociaciones vinculadas a la Acción Católica más vertidas hacia el mundo obrero y la cultura, mientras que algunos sacerdotes asumieron un papel especialmente crítico con la realidad política y social española, así como con la deriva de la propia institución eclesial¹⁰⁸. La JOC y la HOAC desde el mundo laboral y, aunque más minoritario y desde la cultura, los Graduados de Acción Católica, alcanzaron especial relevancia en la renovación laical de la diócesis. A pesar de la escasa relevancia de la cuestión obrera dentro de los límites diocesanos, estos movimientos sirvieron como plataforma de acción política o sindical a quien sería ya en el período democrático presidente de la Junta de Castilla y León, Demetrio Madrid¹⁰⁹. Parroquias como la de San José Obrero de la capital se convirtieron en un auténtico núcleo dinamizador del barrio, organizando la acción social de sus habitantes desde la Asociación de Desarrollo Comunitario, con el impulso de los propios sacerdotes y el grupo de la HOAC¹¹⁰. Por su parte, los Gra-

¹⁰⁶ Cf. *Ibidem*, 86. Véase también SECRETARIADO NACIONAL DEL CLERO. *Asamblea conjunta obispos-sacerdotes*. Madrid: BAC, 1971.

¹⁰⁷ Información aportada por José Antonio Prieto Rodríguez en una entrevista celebrada el 7 de febrero de 2012. Sin embargo, otros sacerdotes consideran que aunque hubiese existido esta figura seguramente tampoco hubiera sido posible conseguir tal unidad. Testimonio aportado por Marcelino de Dios de Dios en una entrevista celebrada el 10 de mayo de 2012.

¹⁰⁸ Baste el ejemplo del párroco de Villabuena del Puente, Eutiquiano Marcos Alonso, multado con 10.000 pesetas por proferir frases contra el régimen en abril de 1968. Esta circunstancia no fue de ningún modo un caso aislado ni en esta diócesis ni en el conjunto de España. Cf. BERZAL DE LA ROSA, Enrique. *Sotanas rebeldes. Contribución cristiana a la transición democrática*. Valladolid: Diputación de Valladolid, 2007, p. 130.

¹⁰⁹ Además de otros militantes como Antonio Santamaría, José Hernández Rodrigo o Ángel Ramos. La fábrica de Hilaturas San Jerónimo se convirtió en un bullicioso lugar de trabajo a este nivel. Cf. *Ibidem*, pp. 43, 75 y 119.

¹¹⁰ Entre otros, dejaron su impronta en aquella experiencia los sacerdotes Ángel Bariego, Marcelino Gutiérrez, Manuel Luelmo, Manuel Tapia, Ovidio Montero y Miguel Manzano. Cf. *Ibidem*, pp. 125, 142 y 147-8.

duados de Acción Católica, conjunto constituido por profesionales como Licesio Calles, Juan Antonio Barba Palao, Fernando Benito, Juan Iglesias y Leonardo Bris, y los curas José Tamame, Benito Peláez, Carlos Prieto y Vicente Gullón, generaron un movimiento apostólico fundamentado en la reflexión intelectual y la presencia pública destacada en la sociedad local. Paralelamente, los sectores menos contestatarios con el régimen se acuartelaron en sus postulados. Surgieron dos tendencias en el seno de la Iglesia local que provocaron algunas tensiones. El Seminario Mayor, como hemos anticipado, se trasladó a Salamanca en 1969, para que los seminaristas pudiesen estudiar en la Universidad Pontificia, y los nuevos aires conciliares invadieron a los futuros curas¹¹¹. Por otra parte, la secularización de un considerable número de sacerdotes abocó hacia una problemática que alejaba a la diócesis del pasado permanente estado de normalidad, entendido éste como la estabilidad ministerial del clero y la existencia de un más que suficiente número de presbíteros para atender a todas las realidades eclesiales. Monseñor Martínez González “ya no era obispo para la nueva situación y tomó decisiones desacertadas. Una grave enfermedad motivó su renuncia en enero de 1970, antes de la edad reglamentaria”¹¹². El papa Pablo VI aceptó la misma el 24 de enero¹¹³.

5. EL EPISCOPADO DE RAMÓN BUXARRAIS VENTURA

En 1971 monseñor Tarancón resultó elegido presidente de la Conferencia Episcopal, tomando a partir de ese momento el mando de la Iglesia española en una época sumamente difícil. Hombre inteligente y abierto al diálogo, tuvo que ejercer su papel con gran cautela, además de demostrar su gran capacidad reconciliadora. Muestra de ello fueron sus intervenciones al respecto de los acontecimientos llevados a cabo por curas vascos en la cárcel concordataria de Zamora en 1973, ante el atentado de ETA contra Carrero Blanco o en los momentos de más tensión con el régimen, en 1974, con el intento de expulsión del obispo Añoveros¹¹⁴. Tarancón acabó siendo uno de los protagonistas de la Transición no sólo religiosa, sino también política y social de nuestro país. No en vano la Iglesia Católica española cobró en aquel momento un marcado protagonismo en la transformación política del país, acentuando dos posturas contrapuestas, fieles al régimen unas y otras claramente beligerantes contra él¹¹⁵.

¹¹¹ *BOOZa*, 1967, pp. 393; y 1969, p. 219-25.

¹¹² MONTALVO FERNÁNDEZ, Agustín. “La Transición en la Iglesia de Zamora (1973-1985)”, En FRANCIA, José María (coord.). *Caminos de libertad: la Transición en Zamora*. Zamora: Caja Duero, 2001, p. 215.

¹¹³ *BOOZa*, 1970, s/p.

¹¹⁴ Cf. ENRIQUE Y TARANCÓN, Vicente. *Confesiones*. Madrid: PPC, 1996, pp. 423-692.

¹¹⁵ Cf. PAYNE, Stanley G. *El catolicismo español*. Barcelona: Planeta, 2006, p. 270.

En la escala diocesana, tras la renuncia de Eduardo Martínez González y nueve meses de espera, el 3 de octubre de 1971 fue ordenado obispo y tomó posesión de la diócesis Ramón Buxarrais Ventura¹¹⁶, cuyo nombramiento para la silla episcopal zamorana se había hecho público el 19 de agosto¹¹⁷. (Fig. 6). Proveniente de la archidiócesis de Barcelona, ejerció un ministerio alejado de los cánones episcopales tradicionales, marcado por un renovado pulso pastoral y una notable sensibilidad social, muy en sintonía con el Concilio Vaticano II. De talante cercano y poco dado al boato, sino más bien a una renovada actitud de esperanza respecto del papel de la Iglesia en la sociedad, su estilo provocó pronto contundentes rechazos y fuertes adhesiones. Las tensiones en el seno de la Iglesia diocesana por su forma de desempeñar el ministerio episcopal no se apaciguaron y algunos sectores del clero cargaron contra él sin el menor pudor¹¹⁸. A ello contribuyeron de modo especial los acontecimientos desencadenados a raíz de las jornadas de teología para seglares celebradas en marzo de 1973, en las que intervinieron el jesuita José María Llanos, José María Setién y José María González Ruiz. El canónigo magistral arremetió contra estas conferencias, e incluso contra el propio obispo diocesano, en una homilía pronunciada en la catedral el domingo 1 de abril. Sus palabras fueron multicopiadas y distribuidas por la geografía diocesana y el obispo se vio obligado a intervenir con la publicación de una contundente nota pastoral. Las tensiones no se apaciguaron y el núcleo más recalcitrante del clero ejerció presiones contra el prelado incluso en Nunciatura¹¹⁹.

Monseñor Buxarrais promovió en la diócesis especialmente el laicado asociativo, muestra de lo cual fue la asamblea diocesana celebrada entre junio y julio de 1971¹²⁰. Durante su pontificado, en el año 1972 se reestructuraron los arcipresazgos¹²¹, se creó el Instituto Teológico¹²² y se erigieron dos nuevas parroquias en la periferia de la capital, las de San Lorenzo¹²³ y La Natividad de Nuestra Señora¹²⁴. La primera de ellas instaló en los bajos de un edificio de viviendas y la segunda en la capilla-escuela del barrio de La Villarina, que había sido construida en la década de los cincuenta bajo proyecto de Enrique Crespo. Promovido a Málaga en

¹¹⁶ BOOZA, 1971, pp. 469-79.

¹¹⁷ *Ibidem*, pp. 367-85.

¹¹⁸ MONTALVO FERNÁNDEZ, "La Transición...", pp. 215-6.

¹¹⁹ Desde algunas posiciones se llegó a afirmar incluso que el traslado del obispo a Málaga se produjo como consecuencia de tales acciones. Sin embargo, Buxarrais recibió el cambio a la diócesis malacitana como una auténtica promoción y no como un castigo, tal como se pretendió hacer creer por parte de algunas personas. Información aportada por José Antonio Prieto Rodríguez en una entrevista celebrada el 7 de febrero de 2012.

¹²⁰ BOOZA, 1971, pp. 516-27.

¹²¹ *Ibidem*, 1972, pp. 139-40.

¹²² *Ibidem*, p. 172.

¹²³ *Ibidem*, pp. 235-6.

¹²⁴ *Ibidem*, pp. 236-7.



Fig. 6. Consagración episcopal de Ramón Buxarrais. 3 de octubre de 1971.
(*BOOZa* [1971] 475).

1973, Buxarrais se despidió de los diocesanos de Zamora el 24 de junio¹²⁵, tomando el timón de la diócesis en sede vacante el obispo de Astorga¹²⁶, Antonio Briva Miravent el 29 de junio¹²⁷.

Su condición de administrador apostólico mantuvo a Briva Miravent más centrado en su sede de Astorga y efectivamente un tanto alejado de la diócesis zamorana, que gobernó durante tres años y cinco meses. Esto no contribuyó en absoluto a reconciliar las divisiones surgidas en la Iglesia local en el período anterior, produciéndose un deterioro progresivo de la situación, carente de directrices precisas¹²⁸. Contrastaba la sólida formación de este prelado con una escasa accesibilidad que dificultó el diálogo con distintos sectores eclesiales. Briva realizó algunos movimientos en los que puso en cuestión los criterios del último obispo de la

¹²⁵ *Ibidem*, 1973, pp. 192-4.

¹²⁶ *El Correo de Zamora*, 4 de julio de 1967, 1.

¹²⁷ *BOOZa*, 1973, p. 195. *El Correo de Zamora*, 30 de junio de 1973, 2.

¹²⁸ MONTALVO FERNÁNDEZ, "La Transición...", p. 217.

diócesis, destituyendo al delegado de apostolado seglar, Bernardo Monforte, y asumiendo él mismo sus funciones¹²⁹. Medidas de este tipo hicieron que encontrara en la porción del clero que había sido más proclive a Buxarrais un grupo de curas al que no dejó más alternativa que mostrarse explícitamente crítico con su forma de gobierno¹³⁰. Paralelamente, las tensiones surgidas entre los párrocos, prohombres generalmente de criterios pastorales inmovilistas, y los coadjutores, jóvenes sacerdotes con ideas innovadoras, generaron no pocos conflictos principalmente en la ciudad. Por otro lado, la crisis de las vocaciones se agudizó notablemente en estos años, y ya era un problema en una diócesis de marcado carácter rural, necesitada de gran número de presbíteros para atender las pequeñas comunidades¹³¹. Asimismo, las secularizaciones comenzaron a ser numerosas, debido fundamentalmente a que muchos curas no lograron encontrarse realizados en el ejercicio de un ministerio sacerdotal muy cambiante.

Ya muy próximo el fin del Franquismo, y dentro del apartado del asociacionismo laical, dos nuevas hermandades de Semana Santa, de concepción y estética monacal, hicieron su aparición en este panorama en diciembre de 1974, se trataba de las Hermandades Penitenciales del Santísimo Cristo del Espíritu Santo y del Santísimo Cristo de la Buena Muerte¹³². Especial relevancia cobró durante este período el episodio de la cárcel concordataria de Zamora, tras la decisión del Estado de crear en la prisión local un módulo para la reclusión de sacerdotes, los cuales no podían compartir condena con presos comunes ni políticos. El 6 de noviembre de 1973 un grupo de curas vascos protagonizó un motín de protesta contra el régimen franquista con la quema del mobiliario de la capilla del centro penitenciario y algunos enseres litúrgicos¹³³. No cabe duda de que estos incidentes, además de resultar francamente penosos, desencadenaron no pocos problemas con las autoridades civiles¹³⁴. Por otro lado, los últimos coletazos del régimen no cesaron en el control sobre algunos sacerdotes, multando con 100.000 pesetas a Marcelino de Dios de Dios bajo acusación de hacer “apología de la violencia tendente a alterar la paz y la convivencia social” por sus palabras en una homilía pronuncia-

¹²⁹ Información aportada por José Antonio Prieto Rodríguez en una entrevista celebrada el 7 de febrero de 2012.

¹³⁰ José Antonio Prieto Rodríguez, Octavio Andrés González, Vicente Gullón Alonso, Agustín Montalvo Fernández, Bernardo Pérez Fernández, Miguel Mozo Juan, Bernardo Monforte Riesco, Benito Peláez Velasco y Marciano Hidalgo Escudero fueron algunos de los curas más críticos con el proceder de Briva. En febrero de 1974 algunos de ellos se reunieron en el restaurante Sevilla, ubicado en la recta de Coreses, para redactar y firmar un manifiesto en desacuerdo con la destitución del delegado de apostolado seglar. Información aportada por José Antonio Prieto Rodríguez en una entrevista celebrada el 7 de febrero de 2012. Cf. BERZAL DE LA ROSA, *Sotanas rebeldes...*, p. 152.

¹³¹ PAYNE, *El catolicismo...*, pp. 265-8.

¹³² RIVERA DE LAS HERAS, José Ángel; GARCÍA ÁLVAREZ, Pedro. *Guía del Museo de Semana Santa de Zamora*. Zamora: Junta Pro-Semana Santa de Zamora, 1995.

¹³³ *El Correo de Zamora*, 7 de noviembre de 1973, 3.

¹³⁴ Cf. PAYNE, *El catolicismo...*, pp. 272-3.

da el 28 de septiembre de 1975 en la parroquia de San Juan del Mercado de Benavente y manifestar proclamas políticas en sus clases de religión en el Instituto León Felipe de aquella ciudad¹³⁵.

Finalmente, en noviembre de 1976, un año después de la muerte de Franco, Zamora recibió al sacerdote valenciano Eduardo Poveda Rodríguez como nuevo obispo, siendo ordenado en la catedral la tarde del 21 de ese mes, veintiocho días después de hacerse público su nombramiento, tomando desde entonces el relevo en el gobierno de la diócesis, que se prolongó durante quince años¹³⁶. Caracterizado como un hombre bueno y marcado por la enfermedad, llevó a cabo un ministerio fecundo que supo poner paz en los desencuentros vividos entre algunos diocesanos.

¹³⁵ El sacerdote recibió el indulto en mayo de 1976. Información aportada por el propio Marcelino de Dios de Dios en sendas entrevistas realizadas el 13 de marzo y el 10 de mayo de 2012. El sacerdote conserva la notificación de la referida multa, fechada el 11 de octubre de 1975.

¹³⁶ PAYNE, *El catolicismo...*, p. 219.